

Viveca STEN

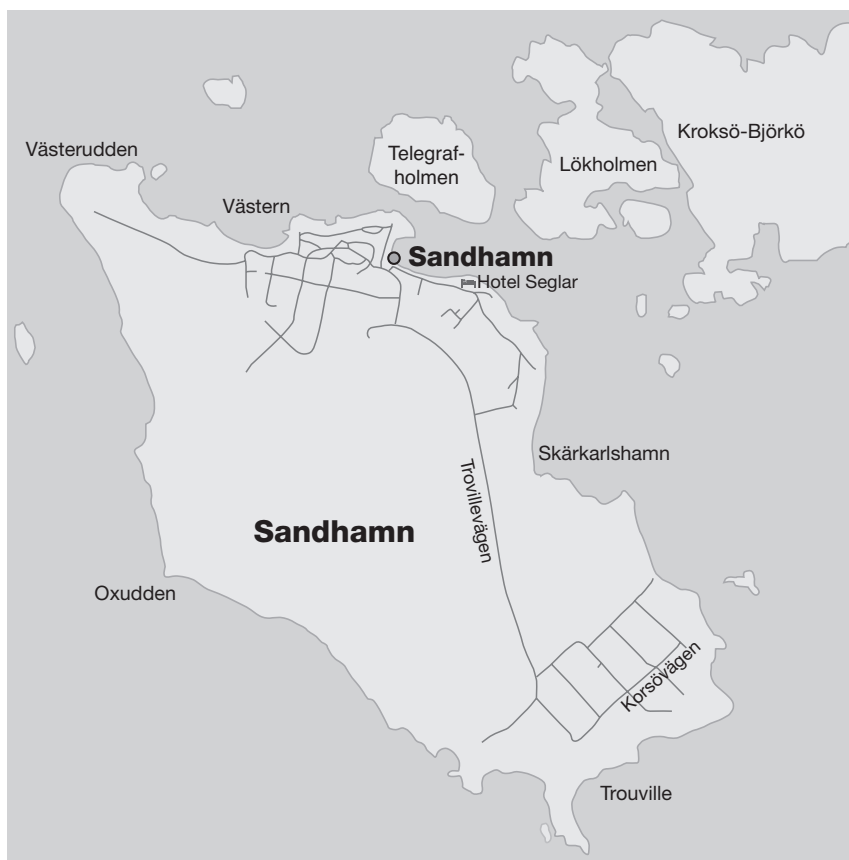
En aguas tranquilas

Traducción:

GEMMA PECHARROMÁN MIGUEL



MAEVA



En aguas tranquilas, de Viveca Sten, es el primer título de la serie que se desarrolla en la isla de Sandhamn. Se trata de un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo, formado por un conjunto de 24.000 islas, que está situado frente a la capital sueca y que se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, el archipiélago tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas en las distintas islas, se reparten entre veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente, la isla se llamaba Sandön, «isla de la arena», y Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación, y son un escenario ideal para una novela de misterio como *En aguas tranquilas*.

Prólogo

Reinaba una calma absoluta, una tranquilidad solo posible en invierno, cuando el archipiélago pertenecía a los vecinos que residían allí todo el año y los bulliciosos veraneantes aún no se habían adueñado de las islas.

El agua estaba brillante y oscura, el frío del invierno se condensaba sobre la superficie. Se veía alguna que otra mancha de nieve, que aún no se había derretido del todo. Algunas serretas se perfilaban como motas contra el cielo y el sol se mantenía bajo sobre el horizonte.

—¡Ayudadme! —gritó—. ¡Ayudadme, por Dios!

Le lanzó una cuerda con un nudo corredizo. En el agua helada, él se la colocó con torpeza alrededor del cuerpo.

—Sácame —jadeaba, agarrándose al borde del barco con las manos, que ya habían empezado a ponerse rígidas por el frío.

Cuando lanzó por encima de la borda el ancla a la que estaba atado el cabo, él pareció sorprendido, como si no entendiera que su peso muy pronto tiraría de él hacia abajo, hacia el fondo. Que solo le quedaban unos segundos de vida antes de que su cuerpo siguiera al pesado aparejo de hierro.

Lo último que se vio fue su mano, que salió a la superficie enredada en la red. Luego, el agua volvió a cerrarse con un suspiro apenas perceptible.

A continuación se oyó el ruido del motor, mientras el bote viraba despacio y ponía rumbo de vuelta al puerto.

1

Lunes, primera semana

—¡Ven aquí, *Pixie*, ven aquí!

El hombre miraba irritado a su perra, que se alejaba por la playa. Había permanecido varios días encerrada en el barco, pero tenía que mantener cierta disciplina. En realidad debía ir con la correa puesta. En Sandhamn, una isla del archipiélago de Estocolmo, estaba prohibido que los perros fueran sueltos en verano, pero a él su corazón no le permitía obedecer la ordenanza viendo lo feliz que era la perra cuando podía correr libremente.

Por lo demás, no solía verse a casi nadie en la playa a esa hora tan temprana. Los vecinos de las pocas casas situadas en primera línea apenas se habían despertado. Lo único que se oía eran los graznidos de las gaviotas. El cielo estaba despejado y limpio, y la lluvia de la noche había dejado una sensación de frescor. Los cálidos rayos del sol anunciaban ya otro día espléndido.

La arena era firme y resultaba agradable pasear por ella. Los pinos bajos dejaron paso a la hierba lyme y al ajenjo, mezclado con grupos de flores amarillas de la playa. Franjas de algas marinas flotaban esparcidas en la orilla y, a lo lejos, cerca del islote de Falkenskär, se veía un velero solitario rumbo al este.

«¿Dónde se habría metido la maldita perra?»

Se orientó por los ladridos. *Pixie*, exaltada, soltaba unos ladridos agudos mientras sacudía nerviosa el rabo. Se hallaba junto a una roca, olisqueando algo, pero él no podía ver de qué se trataba. Al ir hacia allí percibió un olor desagradable. Cuando

se acercó, el olor se convirtió en una nube agria y nauseabunda de hediondos efluvios que casi le cortaban la respiración.

En el suelo yacía lo que parecía un montón de trapos viejos.

Se inclinó hacia delante para apartar a la perra y se dio cuenta de que se trataba de una vieja red de pesca cubierta de algas marinas. De repente comprendió qué era lo que estaba viendo.

De la red asomaban dos pies desnudos. A ambos le faltaban varios dedos. Desde lo que quedaba de la piel, arrugada y verdosa, solo sobresalían los huesos.

La arcada apareció al instante. Antes de que pudiera evitarlo se le revolvió el estómago y vomitó un líquido de color rosa. Le salpicó los zapatos, pero el hombre no lo advirtió.

Cuando logró erguirse bebió un poco de agua del mar para enjuagarse la boca. Después sacó el móvil y marcó el número de emergencias.

Thomas Andreasson, inspector de la Policía Judicial, anhelaba disfrutar de sus vacaciones. Cuatro semanas en la casa de veraneo en la isla de Harö, en el archipiélago de Estocolmo. Bañarse por la mañana, hacer un poco de piragüismo. Preparar una barbacoa. Dar una vuelta hasta Sandhamn y visitar a su ahijado.

Le gustaba pedir vacaciones tarde, el agua estaba más caliente y hacía mejor tiempo. Pero justo ahora, después del solsticio de verano, era difícil no querer dejar la ciudad y salir a dar una vuelta por el archipiélago.

Desde que el año anterior empezara a trabajar en la Brigada de Delitos Violentos de la comisaría de Nacka, había estado hasta arriba de trabajo. Había tenido que aprender muchas cosas, a pesar de que llevaba catorce años como policía, los últimos ocho en la Unidad Especial de la Policía Marítima de Estocolmo.

Allí había pilotado la mayoría de los barcos de la flota de la Policía Marítima, desde el CB90* hasta barcos Skerfe con el casco de aluminio y embarcaciones semirrígidas. Conocía el archipiélago como la palma de su mano. Sabía exactamente dónde estaban los escollos no señalados y cuáles eran los fondos particularmente peligrosos con bajamar.

* El Stridsbåt 90, abreviado CB90, es un tipo de embarcación ultrarrápida de asalto militar desarrollada originalmente para la Armada sueca. (*N. de la T.*)

En la Policía Marítima había visto de todo y había tenido que escuchar muchas explicaciones fantasiosas de por qué algunos pilotos tripulaban sus barcos como lo hacían, en particular cuando se trataba de pilotos borrachos.

Se había enfrentado a todo tipo de delitos, desde barcos robados y delitos contra extranjeros extraviados hasta adolescentes que habían quedado encallados en el archipiélago. La población local solía quejarse cada dos por tres de que la gente se dedicaba a la pesca furtiva en aguas de particulares. La Policía Marítima no podía hacer gran cosa al respecto, salvo mirar para otro lado cuando el dueño legítimo de las aguas retiraba las redes ilegales y se quedaba con ellas a modo de compensación.

En suma, se había sentido muy a gusto con el trabajo y, de no haber sido por su pequeña Emily, ya en camino, seguramente nunca se habría planteado solicitar un puesto de inspector en la capital.

Después, cuando todo resultó inútil, no se sintió con fuerzas para pedir de nuevo el traslado. Apenas había sido capaz de vivir los días según se iban presentando.

Pero la actividad en la comisaría de Nacka era elevada e intensa, y se adaptó sorprendentemente bien al nuevo trabajo, aunque de vez en cuando, en especial en la temporada de verano, añoraba la libertad de que disfrutaba cuando era policía en las islas.

Margit Grankvist, colega e inspectora de la Policía Judicial, bastante más experimentada que él, asomó la cabeza, dejando ver su cabello corto, e interrumpió sus pensamientos.

—Thomas, acompáñame al despacho del Viejo. Han encontrado un fiambre en Sandhamn.

Thomas levantó la vista.

El Viejo, Göran Persson, era el jefe de la Policía Judicial de la comisaría de Nacka. Tocayo del primer ministro, lo cual no le hacía ninguna gracia. Siempre se cuidaba de dejar claro que sus opiniones políticas no coincidían necesariamente con las del otro Persson. Sin embargo, no quería explicar cuáles eran las suyas. Como además sus redondeces coincidían en muchos

aspectos con las del político, abrigaba un entusiasmo muy limitado hacia todos los parecidos que sus benévoloos colegas propagaban a su alrededor.

Göran Persson era un policía de la vieja escuela, áspero y de pocas palabras, pero creaba un buen ambiente y sus compañeros lo apreciaban. Era riguroso, competente y tenía mucha experiencia.

Cuando Thomas entró en el despacho del Viejo, Margit ya estaba allí apurando su enésima taza de café. La máquina de la oficina elaboraba un brebaje capaz de matar a cualquiera, un auténtico matarratas. Resultaba incomprensible que Margit pudiera ingerir tales cantidades. Por primera vez en su vida, Thomas se había pasado al té.

—Han encontrado el cadáver de un hombre en la playa, al noroeste de Sandhamn —explicó el Viejo—. El cuerpo, según dicen, está en muy mal estado; al parecer ha permanecido mucho tiempo en el agua.

Margit anotó algo en su libreta antes de levantar la vista.

—¿Quién lo encontró?

—Un pobre navegante. El hombre, por lo visto, está bastante conmocionado. No fue una visión agradable. Llamó a la Central de Emergencias hace poco más de una hora, justo antes de que dieran las siete de la mañana. Había salido a pasear al perro cuando se tropezó con el cadáver.

—¿Hay sospechas de homicidio? —preguntó Thomas sacando su bloc de notas—. ¿Algún indicio de lesiones o de otro tipo de violencia?

—Es demasiado pronto para pronunciarse. Por lo visto, el cuerpo estaba enredado en una red de pesca. En cualquier caso, la Policía Marítima ya está de camino para investigar el asunto y se ha enviado un transporte para recoger el cuerpo.

El Viejo lanzó a Thomas una mirada cargada de intenciones.

—Creo recordar que tienes una casa en Harö. Eso está muy cerca de Sandhamn, ¿no?

Thomas asintió.

—Se tarda entre diez y quince minutos en llegar de una isla a otra.

—Perfecto. Conocimiento del terreno. Puedes ir hasta Sandhamn y echar un vistazo. Además, así aprovechas para saludar a tus antiguos compañeros de la Marítima.

En los labios del jefe se dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Hay algo que haga pensar en abrir una investigación por asesinato? —preguntó Thomas mirando al Viejo.

—De momento lo trataremos como un caso de muerte con causa sin determinar. Si hay que abrir una investigación por asesinato, será Margit quien la dirija. Mientras tanto, creo que puedes encargarte tú.

—Me viene de perlas —dijo Margit—. Estoy desbordada por todos los informes que debo enviar antes de las vacaciones. ¡Aprovecha la oportunidad!

Asintió enérgicamente con la cabeza para recalcar sus palabras. Era evidente que para ella había comenzado la cuenta atrás ante la proximidad de las vacaciones. Solo unos días de trabajo de oficina y después la libertad que daba una casita de veraneo alquilada y cuatro semanas con la familia en la Costa Oeste.

El Viejo miró el reloj.

—He hablado con los del helicóptero de la Policía. Siguen en la ciudad, así que pueden recogerte a ti y a los técnicos dentro de veinte minutos. No tienes más que acercarte a la plataforma de Slussen. Puedes volver con la Policía Marítima. O con un barco de Waxholm —añadió con una sonrisa burlona.

—No tengo nada en contra. —Thomas sonrió—. Puedes ordenarme subir a un helicóptero a cualquier hora del día.

El Viejo se levantó para señalar que la reunión había terminado.

—Entonces quedamos así. Cuando regreses, ponme al tanto de la situación.

Se detuvo en la puerta, rascándose la barbilla.

—Oye, Thomas, actúa con discreción por allí. Estamos en pleno verano y es temporada turística. No queremos un montón de veraneantes inquietos ni periodistas inventando historias. Ya

sabes cómo son los periódicos de la tarde, estarían encantados de cambiar sus cansinos consejos sexuales veraniegos por especulaciones acerca de un asesinato.

Margit sonrió para animarlo.

—Eso no es un problema para ti. Llámame si necesitas preguntarme algo. Y ya sabes que no debes sacar conclusiones antes de que los técnicos se hayan pronunciado.

Thomas se puso la cazadora de piel que siempre llevaba, sin importar el tiempo que hiciera.

—¿Crees que el helicóptero podría dejarme en Harö cuando hayamos terminado?

—Claro. Si el avión del Gobierno pudo llevar al ministro de Justicia, Thomas Bodström, de vacaciones a Grecia, la Policía de Estocolmo podrá llevar a Thomas Andreasson a su casa de veraneo. —El Viejo sonrió burlón, satisfecho de su ocurrencia.

Margit meneó la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

—Hablamos esta tarde. Recuerdos a las islas —dijo, y levantó la mano a modo de saludo.

—¡Sí!

Nora Linde respondió instintivamente al móvil antes de darse cuenta de que lo que sonaba no era una llamada sino la alarma. Tenía un estupendo despertador, pero era más fácil utilizar el móvil, así este cumplía una doble función. Se despeerezó. Se dio media vuelta y observó a su marido, que estaba a su lado en la cama.

Henrik dormía como un niño. Nora envidiaba esa capacidad suya de dormir sin que nada le afectara. Lo único que conseguía despertarlo era el busca del hospital, entonces se espabilaba en un segundo.

Henrik seguía teniendo casi el mismo aspecto que cuando se casaron, de lo cual pronto haría diez años: el cabello castaño oscuro, los fibrosos músculos de los brazos y del abdomen —tras años de práctica de vela—, sus delicadas manos de cirujano con unos dedos largos y bonitos. Nora no le envidiaba su perfil refinado, de nariz elegante, como de escultura griega clásica. Le parecía, más bien, un derroche en un hombre. En cualquier caso, eso era lo que solía decir para consolarse a sí misma, puesto que ella tenía una nariz demasiado corta y chata para su gusto. En el cabello oscuro de su marido se veían algunas canas, un aviso de que acababa de cumplir treinta y siete años, los mismos que tenía ella.

El móvil volvió a zumbar.

Nora suspiró. Levantarse a las ocho menos cuarto, de lunes a viernes, no era exactamente lo que entendía por vacaciones,

pero si uno tenía niños en una isla como Sandhamn, esos niños asistían a la escuela de natación. En los horarios disponibles.

Bostezó, se puso el albornoz y entró sin hacer ruido en el dormitorio de sus hijos. Simon, de seis años, dormía boca abajo en una postura rara, con la cabeza hundida profundamente en la almohada. Resultaba casi incomprensible que pudiera respirar en aquella posición.

Adam, que acababa de cumplir los diez, había apartado el edredón y dormía atravesado en la cama. Su cabello rubio, casi blanco, estaba sudoroso y se le rizaba ligeramente en la nuca.

Ambos dormían profundamente.

La clase de natación de Simon comenzaba a las nueve. La de Adam a las diez y media, de manera que tenía el tiempo justo para volver a casa con Simon y preparar el desayuno a Adam antes de que este saliera con la bicicleta.

Un horario perfecto, dicho de otro modo.

Con todo, seguro que echaría de menos el trato con el resto de los padres el día en que Simon fuese lo bastante mayor como para poder ir él solo con la bici. En realidad era bastante agradable estar allí sentados charlando al borde de la piscina mientras los niños practicaban.

Además, ella también había asistido de niña a la escuela de natación con muchos de los padres, así que conocía a la mayoría. En su época era inimaginable disponer de una piscina climatizada o poder calentarse luego en una sauna. Entonces entraba uno tiritando en el agua de la playa de Fläskberget, en el norte de la isla, donde estaba la escuela de natación antes de que construyeran el complejo de las piscinas.

Todavía recordaba el frío tan tremendo que pasaba. Pero había conseguido sus marcas de natación con el agua a dieciséis grados; aún las conservaba en algún sitio. Probablemente en la casa de sus padres, a escasos cien metros de allí.

Entró en el cuarto de baño para arreglarse. Mientras se cepillaba los dientes, observó medio dormida su imagen en el espejo. La pelirroja melena estilo paje, revuelta. Nariz chata.

Ojos grises. La figura bien moldeada, quizá algo masculina, podría opinar alguien.

Estaba bastante satisfecha de su aspecto. Al menos, con la mayor parte. Le gustaban sobre todo sus piernas, largas y bien torneadas, resultado de muchos años practicando *footing*; correr le ayudaba a aclararse las ideas. El pecho no era como para presumir, sobre todo después de haber criado dos hijos, pero para eso estaban los sujetadores *push-up*. Siempre eran útiles.

Mientras se duchaba pensó en cuánto había cambiado Sandhamn desde que ella era una niña y asistía a la escuela de natación. El tráfico hasta la isla había ido aumentando al mismo ritmo que la llegada masiva de veraneantes. Ahora un servicio de hidroaviones ofrecía vuelos de media hora sobre el archipiélago y otro de helicópteros transportaba a los clientes hambrientos hasta el restaurante del club de vela. El centro de conferencias situado en el edificio del antiguo Real Club de Vela Sueco, construido en 1897 en el denominado estilo romántico nacional, permanecía abierto todo el año. Además se podían alquilar kayaks y bicicletas retro para dar una vuelta por la isla.

La gente pudiente venía de buen grado a Sandhamn para alternar cuando se celebraban regatas y competiciones internacionales de vela. Entonces aumentaba considerablemente la densidad de Gucci, como solía decir Henrik divertido cuando el gran muelle, frente al club de vela, se llenaba de señoras elegantes vestidas con ropa cara y de hombres de mediana edad que lucían sus cuerpos orondos con la misma obviedad y suficiencia con las que lucían sus abultadas carteras.

Algunos vecinos criticaban en voz baja el aumento del tráfico y la invasión de turistas, pero la mayoría de los residentes en la isla, que dependía para sobrevivir de la posibilidad de encontrar un trabajo, se mostraba favorable al desarrollo.

Sin embargo, el contraste entre los meses de verano, con sus dos mil o tres mil veraneantes y más de cien mil visitantes, y los ciento veinte vecinos que había en invierno, no podía ser mayor.

A Thomas, a pesar de que había pasado todos los veranos de su vida en el archipiélago de Estocolmo, la vista bajo el cielo despejado de la mañana le pareció increíblemente bella.

Era un privilegio inesperado poder volar en helicóptero hasta Sandhamn. La panorámica desde la amplia ventana era incomparable. Los bordes de las islas, esparcidas en las aguas centelleantes, se veían perfectamente definidos. Parecía que flotarían sobre la superficie del agua.

Habían sobrevolado Nacka en dirección a la isla Fågelbrolandet. Cuando dejaron atrás la de Grinda y salieron al límite exterior del archipiélago, cambió el paisaje. El suave verdor de las islas del interior, con sus árboles caducifolios y extensos prados, dejó paso a islas e islotes pedregosos cubiertos de pinos bajos azotados por el viento y de rocas peladas.

A la altura de la isla de Runmarö se abrió ante ellos la inconfundible bocana de Sandhamn —una densa concentración de casas rojas y amarillas justo donde se abría el estrecho entre Sandhamn y Telegrafholmen, el islote en el que se alzaba la torre del telégrafo.

Thomas no se cansaba nunca de admirar esa primera vista panorámica del perfil, tan familiar para él, de aquel pequeño pueblo situado en el límite exterior del archipiélago. Desde finales del siglo XVI había existido una guarnición aduanera y un centro de prácticos en Sandhamn, sus habitantes sobrevivieron a las correrías y saqueos rusos y a los durísimos inviernos, vieron la llegada de los primeros barcos de vapor y soportaron el aislamiento durante los años de guerra. Y todavía seguía siendo un pueblo lleno de vida.

Entornó los ojos y miró hacia abajo a través de los cristales de las gafas de sol.

Junto a los muelles alquitranados se veían veleros y lanchas motoras amarrados; detrás de ellos se vislumbraba la vieja torre de los prácticos, que se elevaba en el punto más alto de la isla. A cierta distancia de los muelles se mecían unas boyas blancas, mientras que otras rojas y verdes marcaban la ruta, tanto al tráfico comercial como a los barcos de recreo. Aunque era

temprano, la ruta marítima ya estaba llena de velas blancas que se dirigían al archipiélago.

Unos minutos después sobrevolaban Sandhamn. El piloto rodeó el ostentoso edificio de la aduana, del siglo xvii, y la plataforma que había al lado apareció inmediatamente delante de ellos. Con una hábil maniobra, el piloto aterrizó en medio del cuadro marcado, a poco más de un metro del agua.

—Puedo esperar media hora, más o menos, después tengo que marcharme —le advirtió a Thomas con gesto interrogante.

Thomas consultó el reloj y se lo pensó.

—No creo que terminemos tan pronto. Puedes irte. Ya encontraremos la manera de volver.

Se dirigió a los dos técnicos, que ya habían bajado sus maletones negros a la plataforma.

—En marcha. Salida hacia la costa oeste al norte de Koberget. La Policía Marítima ya está allí. En la isla está prohibido el uso de vehículos a motor, así que tendremos que dar un paseo rápido por el bosque.

Cuando cruzaba el puerto con Simon en el portaequipajes de la bicicleta, Nora vio que había un helicóptero de la Policía en la plataforma. Más allá del muelle de los barcos de vapor, en el lugar reservado para el barco ambulancia, había amarrado un gran barco de la Policía Marítima. Un agente uniformado estaba en la cubierta. Era inusual ver tantos policías por la mañana tan temprano.

Qué habrá ocurrido, se preguntó Nora.

Pedaleó por delante de la hilera de pequeñas tiendas, en las que uno podía adquirir el equipo completo de prendas náuticas, decoraciones marineras y todo tipo de accesorios para barcos de recreo, y continuó por la parte de atrás del club de vela. Giró hacia la zona del puerto y siguió el estrecho camino que discurría paralelo a la pista de minigolf hasta llegar a la valla del complejo de las piscinas. Aparcó la bicicleta detrás del quiosco de helados y bajó a Simon del portaequipajes. Con él de una mano y la bolsa con la ropa de baño en la otra, esquivó el cartel, en el que ponía CERRADO y entró en la escuela de natación.

En un rincón había algunos padres que hablaban indignados mientras los niños correteaban por allí a la espera de que empezara la clase. Nora dejó la bolsa en una hamaca y se acercó al grupo. Los miró con gesto interrogador.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿No has visto el helicóptero de la Policía? —contestó una de las madres—. En la costa oeste han encontrado un cadáver que las olas han arrastrado hasta la playa.

Nora tomó aliento.

—¿Un cadáver?

—Sí, enredado en una red de pesca, ¿te imaginas? Al parecer estaba justo un poco más abajo de la casa de los Åkermark. —Señaló a una madre cuyo hijo también iba a las clases de natación con Simon—. Han acordonado toda la playa. Lotta y Oscar pudieron pasar por los pelos.

—¿Ha sido un accidente? —preguntó Nora.

—Ni idea. Los policías apenas dieron información cuando Lotta les preguntó. Pero parece algo macabro, sin duda.

—¿Es alguien de la isla? ¿Alguien que estuviese fuera pescando y se cayera al agua?

Miró aterrada al resto del grupo. Uno de los padres tomó la palabra:

—Yo creo que nadie lo sabe con certeza. Seguramente, el cadáver no es fácil de reconocer: Lotta estaba bastante conmocionada cuando ha llegado aquí.

Nora se sentó en un banco al borde de la piscina. En el agua, Simon se agarraba con fuerza a una tabla de natación de color naranja, esforzándose por mejorar el movimiento de las piernas. Ella intentaba sacudirse la sensación de malestar. Sin querer veía la imagen de una persona que luchaba por respirar mientras se enredaba cada vez más dentro de una red que lentamente la arrastraba hacia el fondo.

Al oeste de la isla la mañana gozaba de una calma sorprendente. Ni la brisa marina rizaba la superficie del agua. Incluso los habituales graznidos de las gaviotas habían cesado.

Abajo, en la playa, una patrulla de la Policía Marítima ya había acordonado la zona donde se encontraba el cuerpo. Algunos curiosos, reunidos en un grupo silencioso detrás del cordón policial, observaban la escena.

Thomas saludó a sus colegas y se acercó al bulto que yacía en el suelo.

No fue una visión agradable.

La red de pesca medio rota se había movido parcialmente hacia un lado y dejaba al descubierto un bulto algo que, según parecía, era el cuerpo sin vida de un hombre. Llevaba puesto los restos de un jersey y de unos pantalones deshilachados. Daba la impresión de que algo le había mordisqueado una oreja, porque solo quedaban jirones de piel.

Alrededor del torso, por debajo de las axilas, tenía una cuerda en mal estado, una cuerda normal, de la que se utilizaba para amarrar barcos pequeños. De ella colgaban aún restos verdzcos de algas secas.

El hedor bajo los cálidos rayos del sol era casi insoportable, y Thomas volvió instintivamente la cara cuando las tufaradas alcanzaron su nariz.

A ciertas cosas uno no se acostumbra nunca.

Contuvo la náusea y rodeó el cadáver para observarlo desde el otro lado. Era difícil decir algo sobre el aspecto del hombre. Aún colgaban del cráneo algunos mechones oscuros, pero resultaba imposible imaginar su aspecto original. Tenía la cara hinchada y la piel acuosa. El cuerpo, azulado y esponjoso, parecía de arcilla húmeda.

Por lo que Thomas podía deducir, se trataba de un hombre de estatura media, entre un metro setenta y un metro ochenta. No debía de estar casado, porque conservaba el dedo anular de la mano izquierda y allí no había nada, pero el anillo podía haberse deslizado fácilmente dentro del agua.

Los técnicos habían sacado sus maletines y estaban inmersos en la inspección de la escena. Un poco más allá había un hombre de mediana edad sentado en una piedra. Tenía la espalda apoyada en el tronco de un árbol y los ojos cerrados. A su lado un teckel olisqueaba inseguro el terreno. Aquel hombre era quien había llamado a emergencias y el dueño del animal que había hecho aquel macabro descubrimiento por la mañana.

Debe llevar aquí varias horas esperando, pobre tipo, pensó Thomas, y se acercó a él para presentarse.

—¿Fue usted quien encontró el cadáver?

El hombre asintió sin decir nada.

—Necesitaría hablar con usted, pero tengo que aclarar una cosa ahí antes. ¿Se siente con fuerzas para quedarse un poco más? Ya sé que lleva aquí un buen rato y le agradezco que nos haya esperado.

El hombre asintió silencioso.

No parecía sentirse bien. Estaba pálido bajo el bronceado, con la cara verdosa, y tenía los zapatos salpicados de algo maloliente.

«Su mañana no ha empezado muy bien que digamos», reflexionó Thomas antes de alejarse para intercambiar unas palabras con los técnicos.

—**H**ola, Thomas, ¿has venido a visitarnos?

Nora esbozó una amplia sonrisa cuando, al volver de la clase de natación, se encontró con uno de sus amigos más antiguos y más queridos en la puerta del supermercado Westerbergs Livs. Detuvo la bicicleta haciendo un escandaloso derrape en la grava y sacó a Simon.

—Simon, mira quién está aquí —dijo, y añadió—: dale un abrazo fuerte a tu padrino.

Nora tuvo que estirarse para aupar al niño, pues aunque su altura superaba la media, eso no era nada en comparación con el metro noventa y cinco de Thomas, que además tenía los hombros anchos tras años jugando al balonmano. Parecía realmente el prototipo de policía, grande y fuerte, con el cabello rubio y los ojos azules. «Deberían utilizarte como modelo en el cartel publicitario de la Escuela Superior de Policía», solía decirle Nora bromeando.

Los padres de Thomas vivían en Harö, la isla vecina, y desde que con nueve años fueron juntos al campamento de vela

organizado por los Amigos de Sandhamn, Nora y Thomas habían sido los mejores amigos de vacaciones del mundo.

Cada verano habían retomado la amistad del año anterior y, a pesar de que los padres creían que flotaba en el aire un romance, ellos eran y siguieron siendo amigos, nada más.

La primera vez que Nora bebió más de la cuenta y tuvo que vomitar, Thomas le ayudó a limpiarse y la acompañó a su casa; sus padres no notaron nada. Al menos, nunca dijeron nada. Cuando a él lo abandonó su primer amor adolescente, ella lo consoló lo mejor que pudo y le permitió lamentarse sin parar; pasaron toda la noche sentados en las rocas mientras Thomas desahogaba su corazón.

Cuando Henrik mostró interés por ella y la invitó al baile de estudiantes de Medicina, Nora llamó a Thomas para contárselo. Se sentía profundamente atraída por Henrik que, con ese encanto natural, le parecía irresistible. Thomas, como de costumbre, la había escuchado mientras ella parloteaba enamorada.

Con catorce años habían asistido juntos, durante un verano entero, a la catequesis para la confirmación que daba un sacerdote en la capilla de Sandhamn, y ambos habían aprovechado cualquier ocasión de trabajo estival que había surgido en la isla: habían ayudado en la panadería, habían trabajado en el quiosco, en la caja del supermercado Westerbergs Livs y de vigilantes en el puerto del club de vela. Además, habían bailado en la pista del restaurante del club hasta que acalorados y sudorosos terminaban el día dándose un baño por la zona de Dansberget mientras amanecía.

Thomas siempre había querido ser policía, de la misma manera que Nora siempre quiso estudiar Derecho. Ella solía decir en broma que cuando fuera ministra de Justicia lo nombraría director general de la Policía.

Cuando nació Adam, Nora pensó que Thomas sería indiscutiblemente su padrino, sin embargo, Henrik prefirió a su mejor amigo y a la esposa de este. Pero cuando llegó Simon ella insistió en que Thomas fuera el padrino. Él era precisamente

una de esas personas en las que se podía confiar si a ella o a Henrik les ocurriera algo.

—Estoy aquí por trabajo —respondió Thomas con semblante serio—. ¿No has oído que han encontrado un cadáver al otro lado de la isla?

Nora asintió.

—Me ha parecido terrible. Acabo de salir de la clase de natación con Simon y allí no se hablaba de otra cosa. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó mirando inquieta a Thomas.

—No tengo ni idea, de momento. Lo único que sabemos es que se trata de un hombre y que estaba enredado en una vieja red de pesca. Tenía un aspecto realmente espantoso, así que debía de llevar en el agua bastante tiempo.

Nora tembló bajo los cálidos rayos del sol.

—Qué horror. Pero se tratará de un accidente. Es imposible creer que hayan asesinado a nadie aquí en Sandhamn.

—Ya veremos. Los forenses tienen que examinar el cuerpo antes de que podamos pronunciarlos. El hombre que lo encontró no tenía mucho que contar.

—¿Está conmocionado?

—Sí, me da pena, el pobre. Nadie cuenta con encontrarse un cadáver en su paseo matinal. —Thomas asintió con una mueca.

Nora subió a Simon al portaequipajes de la bicicleta.

—¿No puedes pasar por casa cuando hayas terminado? Si tienes tiempo. De todos modos, te mereces una taza de café —añadió tratando de convencerlo.

Thomas esbozó una sonrisa.

—No parece mala idea. Lo intentaré.